

IN MEMORIAM

ÁFRICA SENDINO REVUELTA

En el pasado verano se nos fue África Sendino, miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Bioética de la Comunidad de Madrid, médico internista del Hospital La Paz y ejemplo, para todos los que tuvimos la dicha de conocerla, de cómo vivir la vida superando las adversidades de una enfermedad prolongada.

Ha sido esta última faceta la que nos ha puesto de relieve su particular figura humana, la que quizás nos ha permitido valorar mejor el tesoro que escondía en su corazón. Cuando después de un ciclo de quimioterapia se incorporaba a una reunión de la Junta como si tal cosa, en vez de irse tranquilamente a su casa, cuando ya con una hemiparesia y metástasis cerebrales acudía a dar las clases de Bioética en la Universidad Autónoma de Madrid, llevada del celo de transmitir el entusiasmo por la asignatura a las nuevas generaciones de los alumnos o cuando, ya hospitalizada, seguía impartiendo temas de Bioética a alumnas de la escuela de enfermería, nos mostraba la seriedad y la importancia que le daba a la necesidad de formar a las nuevas generaciones en el respeto a la vida y el cuidado a los enfermos que forma parte ineludible de la profesión sanitaria. África se implicó en la

docencia de la bioética no para ampliar su currículum, aunque ganó varios premios por su labor investigadora en ética clínica, ni para



«quedar bien» ante los alumnos que la escuchaban, aunque también tenía una gran capacidad de convicción, envuelta en una enorme delicadeza para saber escuchar a los demás. Por el contrario, a lo largo de los años en los que fue implicándose más y más en los problemas morales que afectan a médicos y enfermos, nos mostró su olvido de sí misma, pasando desde dar charlas a mujeres ingresadas en prisión sobre cómo vivir la afectividad sexual en plenitud de entrega, hasta defender, ante los residentes a su cargo, una atención integral a los pacientes terminales que respetara siempre su dignidad. Su objetivo continuamente era restituir la relación humana de la mayor calidad posible en la práctica asistencial, habitualmente tan masificada y despersonalizada.

En una entrevista publicada en Diario Médico (DM 7/06/2007) decía «Por encima de todo, el enfermo no es una máquina que nos han confiado para arreglarla; es una persona que junto a sus dimensiones biológica y fisiológica tiene otras: psicológica, afectiva, familiar, espiritual. A todo ello hay que atender, porque todo lo que hagamos es terapéutico. Nuestra presencia es determinante cuando el paciente percibe que nos interesa».

Al fallecer, la periodista que la conoció manifestaba su admiración porque en aquella entrevista de hacía ya dos años titulada «*Doctora en Medicina y máster en enfermedad*», África había logrado que su condición de paciente pasara a un segundo plano. Porque, si bien el cáncer le había apartado del ejercicio de la profesión, ella había logrado darle la vuelta a la tortilla convirtiendo sus bajas laborales en periodos de alta productividad intelectual.

En el itinerario de su enfermedad, se interesó por los cuidados paliativos, lo que le llevó a realizar un máster en esta disciplina. De esa experiencia sacó una conclusión: «No somos relojeros que reparan un mecanismo, sino profesionales que acompañan en la experiencia del sufrimiento a otras personas». Cuando sus amigos iban a visitarla en los últimos días, era admirable como

la conversación enseguida dejaba de gravitar sobre ella para centrarse en las preocupaciones de los demás, por las que mostraba auténtico interés. Esto no significaba que no fuese tremendamente realista sobre el pronóstico de su enfermedad o que rehuyera reflexionar sobre el riesgo de recaídas para las que, más pronto o más tarde no habría solución terapéutica. La razón de su fortaleza había que buscarla más allá de explicaciones psicológicas, en los rincones del alma. Quizás por eso, en una ocasión, confidencialmente, se le escapó una sencilla frase dicha de modo inocente, «Dios conoce mi biografía».

Esa biografía, que arranca con el deseo de ser médico viendo la enorme dedicación de su padre, médico rural, a sus pacientes, le llevó a afrontar todas las complicaciones recaídas y tratamientos con una sonrisa. En ocasiones parecía más preocupada por el desaliento de los que la trataban al ver evolucionar la enfermedad que por su propio destino. Por todo ello, desde aquí los que seguimos intentando llenar nuestra profesión de fundamentos éticos aportando nuestras ilusiones en este sentido a los que nos rodean, la recordaremos sintiendo que hemos tenido una gran suerte al conocerla. Gracias, África, por tu ejemplo y por el enfoque que le supiste dar a tu vida.